

LA FUERZA EXPANSIVA DE LA CHINA COMUNISTA

En la época de nuestros abuelos, y coincidiendo con la guerra de los bóers, comenzó a hablarse del *peligro amarillo*. Entonces, el mencionado peligro lo constituía una nación dotada de gran vitalidad, xenófoba por motivos harto justificados, pero empobrecida, atrasada y desunida.

El peligro no surgirá como algo real hasta medio siglo después, en el momento en que el 1.º de octubre de 1949 se proclamaba en Pekín la República popular china; por primera vez en largo tiempo alcanza su unidad la nación más poblada del mundo; su enemistad hacia Occidente es mayor que cincuenta años antes; sus recursos humanos y naturales la convierten, al menos potencialmente, en uno de los Estados rectores del mundo.

Las naciones que la rodean ya no son tampoco las grandes potencias imperialistas de cincuenta años atrás, sino países vencidos o naciones que acaban de ganar su independencia y que aún no han conseguido la estabilidad política interna necesaria. Por un imperativo natural, la nueva China debe ser imperialista, en forma distinta a como lo han sido las potencias coloniales en el siglo anterior, pero con un imperialismo más fuerte y peligroso que el de Occidente, puesto que éste, en Asia, actuaba empujado por móviles económicos, mientras que el nuevo imperialismo actúa movido por un ideal mesiánico de igual naturaleza que el de la Rusia bolchevique: la realización de la revolución comunista. Pero mientras que en Europa serán necesarias una guerra mundial y una ocupación militar para la consecución parcial de estos objetivos, las condiciones imperantes en Asia al proclamarse la República Popular en Pekín eran las más favorables para convertir a los países de Extremo Oriente, en corto tiempo, en satélites de China.

* * *

La primera aspiración del gobierno comunista, al ocupar en forma efectiva el territorio chino, consistió en obtener el reconocimiento de

su personalidad internacional. A la proclamación del nuevo régimen sucede en corto espacio de tiempo su reconocimiento diplomático por la U. R. S. S., y en enero de 1950 por Inglaterra, siendo seguido este ejemplo por varias naciones surasiáticas y europeas. El reconocimiento llega a discutirse en Washington, y posiblemente se hubiera verificado de no haberse producido la agresión china en Corea. La China comunista aspira a que este reconocimiento tenga carácter general; de aquí que su actividad diplomática en los primeros meses de 1950 se oriente a obtener el ingreso en la O. N. U. y su reconocimiento por las Naciones Unidas como legítima sucesora del régimen nacionalista.

Rusia apoyó esta actitud china, y en la primavera de 1950 varios de los organismos de las Naciones Unidas eran boicoteados por la U. R. S. S. y sus satélites, ya que se negaban a dar entrada a la China comunista.

Sin embargo, el ambiente, en general, no era desfavorable a sus aspiraciones. Trigve Lye, secretario general de la Organización, solicita en marzo de 1950 la admisión de China comunista en la O. N. U., mientras que los Estados Unidos declaran que, aunque no apoyarán esta propuesta, no piensan ejercitar tampoco su derecho de veto para impedir el ingreso de la China comunista, que Inglaterra preconiza insistentemente.

La guerra de Corea cambiará totalmente la situación, que sintetiza el antiguo director de Asuntos del Extremo Oriente del Departamento de Estado norteamericano Stanley K. Hornbeck, en una entrevista a la revista *U. S. News and World Report*: «They have outlawed themselves by aggression... and they have not demonstrated that they would live up to their international obligations.»

Por ello, cuando en septiembre de 1950 la India presenta una moción para la admisión de China comunista en las Naciones Unidas, esta propuesta, que tres meses antes hubiera tenido posibilidades de éxito, no obtiene ahora más que un débil apoyo.

El gobierno de la China comunista trata de conseguir igualmente ser reconocido como representante legítimo de China en la negociación del Tratado de paz con el Japón.

También en este punto perjudicó la guerra de Corea la posición internacional de la China roja, ya que el comienzo de la agresión comunista en la península hizo acelerar a los americanos la negociación del Tratado, en cuya firma, el 8 de septiembre de 1951, no estuvo representada la China comunista, a pesar de las presiones que por su inclusión realizó el gobierno soviético (en una nota rusa a los Estados Unidos, de 7 de mayo de 1951, sobre el Tratado de paz con el Japón, manifestaba aceptar el proyecto americano, no poniendo más objeción que la admisión de la China comunista como signataria) y de las amenazas de los dirigentes

chinos de negar validez al acuerdo y aplicar la cláusula del Tratado chino-soviético que prevé el apoyo soviético en caso de agresión japonesa a China.

* * *

El gobierno de Pekín, por imperativos geopolíticos, tuvo desde su nacimiento una gran fuerza expansiva; su actividad se dirigió primeramente a la unificación bajo el mando comunista de todos aquellos territorios que históricamente pertenecían a China, aunque los lazos de unión fuesen en la práctica muy débiles.

Esta primera etapa de expansión del poderío comunista chino se dirige a la ocupación del Asia central, zona que ni racial, ni cultural ni geográficamente es parte de China. Las fuerzas que se opusieron a la expansión china defendían una causa perdida; aisladas de toda ayuda de los países no comunistas, cayeron ante la indiferencia general de éstos, lo que contribuyó no poco a la audacia que en posteriores actuaciones internacionales iban a desarrollar los comunistas chinos.

Primero fué la ocupación del Sin-Kiang. La región es racialmente turca y de mayor afinidad, por tanto, con los habitantes de las Repúblicas soviéticas del Asia central.

La ocupación por los comunistas se dirigió desde Alma Ata y no desde Pekín, y los esfuerzos desesperados de algunas tribus kazakas, dirigidas por Osmán Bator y primitivamente armadas no tuvieron éxito; aplastadas por fuerzas superiores en número y armamento, sólo algunos supervivientes pudieron encontrar refugio en Cachemira en el verano de 1951, tras una épica lucha de dos años.

Ocupado el Sin-Kiang, prosiguió la obra de expansión con la invasión del Tibet, también racialmente diferente de la China propia, a la que le unían lazos políticos débiles y confusos.

La ocupación del Tibet es un ejemplo típico de los procedimientos empleados por el comunismo en su expansión.

Cuando los comunistas proclamaron la República Popular China, en Occidente era creencia general que no aspiraban a la ocupación del Tibet, donde la dominación china había sido casi siempre nominal. Por otra parte, se sobrestimaban las posibilidades de resistencia de este país, atrasado y sin ejército, frente a los modernos medios de los comunistas chinos. En octubre de 1949 se cree en Londres que los comunistas chinos no se atreverán a atacar el Tibet, ya que deberán luchar contra un pueblo fanáticamente unido en torno al Dalai-Lama y que aprovechará las durísimas condiciones del terreno.

Pero una guerra directa no entra sino raras veces en los planes comunistas, ya que en general es más provechoso el empleo de la guerra civil, y esto ocurrió en el Tibet.

La situación en el Tibet era muy similar a la de otros países asiáticos: el regente era un decidido anticomunista, pero en el territorio existía un fuerte descontento contra el gobierno; de un lado, un malestar popular indefinido, que pedía reformas sociales; de otro, la oposición religiosa. Ambos movimientos eran acéfalos, y los comunistas chinos van a encontrar el dirigente en uno de los jefes religiosos infantiles del lamaísmo: el Panchen Lama, institución respetada, no comunista, pero perfectamente manejable, que en noviembre de 1949 es raptado por los comunistas chinos, dirigiendo pocos días después un llamamiento al pueblo tibetano pidiendo la sumisión a China.

Las autoridades tibetanas no dieron a este gesto la importancia que merecía, y tomaron la actitud suicida, que va a ser tan común en Asia, de proclamar su neutralidad en el conflicto chino.

Pero, en los meses siguientes, el descontento creció en el país y aumentaron las presiones de la China comunista. Alarmadas las autoridades tibetanas, enviaron a Delhi una delegación con el fin de recabar el apoyo de la India (puesto que, caso de ocupación del Tibet, quedaba este país gravemente amenazado en sus fronteras), con instrucciones de continuar a Pekín, caso de no encontrar apoyo a los intereses tibetanos.

En el momento en que se produce el avance de las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea, en 1950, la China comunista considera llegado el momento psicológico para obtener un triunfo en el Asia central, y el 21 de octubre de 1950 comienza la invasión del Tibet.

La reacción de la India es vacilante, ya que se limita a dirigir a Pekín una Nota de protesta.

El Tibet acudió entonces a las Naciones Unidas, donde tan sólo El Salvador defendió su causa. Los otros países se excusaron de intervenir, amparándose en el confuso *status* jurídico del Tibet y en el hecho de que el Estado más directamente interesado, la India, se abstenía de intervenir.

La India no insistió en sus protestas, e incluso Nehru declaró públicamente, el 14 de marzo de 1951, que la India renunciaría a sus derechos de guarnición en el sur del Tibet si el gobierno comunista aseguraba la protección de los viajeros en esa zona.

Falta de apoyo exterior, sin ejército y dividido el país, las autoridades tibetanas optaron por capitular, y el 23 de mayo de 1951 se firmaba en Pekín, entre «el Gobierno provincial del Tibet» y el de la República Popular China, un Tratado que colocaba al Tibet bajo la tutela de China, que controlaría sus relaciones exteriores e instalaría en su territorio «el ejército de liberación». Se reconocía en el Tratado el mantenimiento de las peculiaridades culturales del Tibet y su autonomía interna, así como la conservación por el Dalai Lama del poder espiritual y temporal. Radio Pekín anunció con este motivo la unificación de «la

gran familia china» (1). Con la ocupación del Tibet, el Asia central quedó definitivamente perdida para el mundo libre; pero no solamente consigue la China comunista un gran triunfo en su prestigio ocupando casi sin lucha un territorio tres veces mayor que España en extensión. Con ello ha conseguido también destruir cualquier oposición de la Iglesia lamaísta a su régimen político y conquistar una magnífica base de infiltración en la India, puesto que si China no pudo emplear en la anexión del Tibet el argumento de la comunidad racial, es muy posible que no vacile en aplicarlo en las turbulentas zonas fronterizas indo-tibetanas, de fronteras mal definidas, relaciones no muy estrechas con el gobierno de Delhi y cuyos habitantes están ya sometidos a una intensa propaganda comunista (2).

En la actualidad quedan en China todavía dos enclaves políticos de Occidente: Macao y Hong-Kong.

El primero, en manos portuguesas desde hace cuatro siglos, carece de importancia estratégica, y aunque en noviembre de 1949 un portavoz de la China roja prometió respetar su integridad territorial, dada la escasa importancia de este enclave, es lógico que siga la suerte de Hong-Kong.

En cuanto a Hong-Kong, no puede menos de extrañarnos el silencio que han mantenido las autoridades de la China comunista sobre esta posesión británica.

Hasta los primeros meses de 1951, tal postura se justificaba por el hecho de que Hong-Kong era el principal punto de entrada en China de una serie de mercancías esenciales. Hoy este régimen ha desaparecido, y tanto la metrópoli como los Estados Unidos han impuesto rigurosas restricciones al comercio con Hong-Kong para impedir que productos esenciales pasen a la China roja; por lo tanto, los móviles económicos han desaparecido. Pero subsisten los móviles políticos; no atacando Hong-Kong los comunistas, contribuyen a mantener la divergencia de posiciones respecto a China de los dos países anglosajones y evitan, además, el riesgo de una guerra general y directa, como seguramente se produciría caso de ataque a Hong-Kong. Teniendo en cuenta estas circunstancias, la Conferencia de Chita en 1949 acordó fomentar los disturbios en

(1) Esta política del nuevo régimen de unificar todos los territorios que nominalmente formaban parte del Imperio chino (menos Mongolia, cuya independencia fué reconocida en 1950) ha culminado en el pasado mes de diciembre con la nota dirigida por la China comunista a Filipinas y al Viet-Nam para que abandonen sus pretensiones sobre los pequeños archipiélagos Spratly y Paracel, situados al sur de Hainan, puesto que en dichas islas, históricamente chinas, se van a construir bases comunistas. Estos minúsculos territorios habían sido ocupados por el Japón en 1939, siendo su *status* jurídico actual poco definido.

(2) Así, en un artículo en el *New York Times* (24 noviembre 1950). Robert Trumbull nos describe la progresiva infiltración comunista en el distrito de Ladakh, de raza tibetana, y perteneciente al disputado principado de Cachemira.

la colonia sin llegar a un ataque directo para tratar de conseguir su abandono pacífico por Inglaterra o, en caso de guerra, anular su valor militar.

* * *

Una zona en condiciones particularmente favorables para recibir la influencia de la China comunista es el sudeste de Asia.

Poblado por 180.000.000 de habitantes y productor de importantísimas materias primas, constituye uno de los puntos esenciales del mundo.

Sus habitantes soportaron siempre con dificultad el régimen colonial, por el que pasaron todos estos países, con la excepción de Thailandia. Los pueblos europeos no emprendieron nunca seriamente la obra de liberación de estos países, siendo precisas la guerra mundial y la ocupación japonesa para que las potencias coloniales rectificaran su política. Muy distinta fué la actitud del comunismo; desde sus orígenes comprendió la importancia del problema colonial, y ya en la Conferencia de los pueblos orientales, en 1919, comenzó a preparar la revolución asiática. En la actualidad, todos los años, el 21 de febrero, celebran las naciones comunistas el «Día de la lucha internacional contra el régimen colonial». De esta forma, los comunistas se han erigido, por incuria de los países europeos, en representantes de otra causa justa, con el fin de emplearla en su propio beneficio.

Los japoneses, al ocupar estos territorios, contaron con el apoyo unánime de las razas indígenas, con excepción de Filipinas, cuya evolución política había sido muy diferente; de esta forma sentaron las bases de la independencia de estos territorios, que en un futuro más o menos lejano es posible que consideren a los japoneses, no como los opresores de unas minorías impopulares de raza blanca o china, sino como los auténticos liberadores de Asia.

Al hallarse en manos extranjeras, europeas o chinas las principales fuentes de riqueza, se confundió fácilmente el nacionalismo con el socialismo, y la nueva situación, con la confusión consiguiente, presentó condiciones óptimas para la propaganda comunista. Mientras los europeos intentaron en el período de 1945 a 1948 oponerse al nacionalismo con la fuerza de las armas, el comunismo empleó a su favor el confusionismo y el nacionalismo. «*In Asia the weapons are the fifth column, infiltration, civil war, religious strife, pseudo-nationalist uprisings, the clash of white and colour. In all these things Russia is vastly our superior*» (3).

En consecuencia, los movimientos nacionalistas del sudeste de Asia presentan una gran complejidad, agravada por la heterogeneidad racial, lingüística y cultural de sus pobladores.

(3) *Intelligence Digest*, diciembre 1948.

Ninguna de las nuevas naciones posee unidad racial, y en todas ellas existen fuertes minorías chinas, que en Malaya han llegado a constituir la comunidad más numerosa, aunque sin constituir la mayoría absoluta de la población.

Mientras el malayo no supo adaptarse rápidamente a las transformaciones económicas que implicó el régimen colonial, el chino supo aceptarlas, emigró en gran número hacia estos países y en la actualidad existen en esta zona unos 10.000.000 de chinos, que en la mayoría de estos territorios monopolizan la pequeña industria y el comercio al por menor.

El Kuomintang despertó en ellos el sentimiento nacional, su sentido de la unidad, y la laboriosidad propia del emigrante dió a estas minorías un poder que no guardaba relación con su número, y las peculiaridades de la legislación china, que establece para la nacionalidad el *jus sanguinis* más absoluto, contribuyó a hacer de ellos comunidades fuertes, pero no asimiladas al país de residencia, generalmente impopulares, y que al ser objeto de persecución constituyen un pretexto ideal para una intervención de su patria, a la que siempre se han sentido unidos; lo que ha acarreado, como consecuencia, que en aquellos países donde las minorías chinas han sido más influenciadas por el comunismo, Thailandia y Malaya, la población indígena se ha opuesto a esta doctrina.

Pero existe un tercer factor que diferencia radicalmente al movimiento nacionalista asiático de similares movimientos europeos; éstos fueron estrictamente nacionales e independientes unos de otros, mientras que el movimiento nacionalista en el sudeste asiático ha sido cuidadosamente organizado en su conjunto y dirigido desde el exterior.

Con excepción del Viet-Nam, donde la rebelión comunista surgió en diciembre de 1946, en el resto del sudeste asiático ocurrió entre marzo y octubre de 1948. En febrero de aquel año tuvo lugar la conferencia de Calcuta, en la que el comunismo acordó los planes militares para la conquista de China y la rebelión en los demás países asiáticos, con el fin de crear una quinta columna fuerte para favorecer en su día la invasión comunista.

La dirección y coordinación de estos movimientos parece corresponder al mariscal Malinovsky, que ha establecido su cuartel general en Chita, punto en el que tuvo lugar en mayo de 1949 otra conferencia secreta, en la que tomó parte Mao-Tse-Tung y que examinó la situación del comunismo en el sur de Asia y el problema de Hong-Kong. De estas dos conferencias parece haber emanado la orden de sublevación de los comunistas asiáticos.

También inspirado en las directivas de Pekín, y para ayudar la causa comunista en Corea, estaba previsto un recrudecimiento de la actividad comunista para el mes de julio de 1950, que no se llegó a producir.

Frente a estos movimientos cuidadosamente coordinados, los no co-

munistas sólo han opuesto medidas parciales. Los gobiernos de los países interesados han declarado en general su neutralidad ante la amenaza comunista, y al discutirse en la O. N. U. las sanciones contra China por su agresión en Corea, Indonesia y Birmania, se abstuvieron, siendo en realidad un voto negativo el de Birmania, puesto que declaró que no aplicaría el embargo y que mantendría plenas relaciones comerciales con la China roja. Las naciones occidentales han emprendido, en lo que resta de sus colonias, operaciones militares de alcance limitado y en las que las fuerzas originarias de la metrópoli representan un reducido porcentaje, lo que demuestra el escaso entusiasmo con que se consideran tales campañas en los países europeos que aún conservan colonias en esta zona.

En todos estos movimientos hallamos presente la influencia comunista china, pero en ningún caso se presenta tan clara como en el movimiento nacionalista-comunista del Viet-Nam.

Su dirigente Nguyen Ai-Quoc, u Ho-Chi Minh, organizó el comunismo vietnamita en Cantón en la época de colaboración entre el Kuomintang y los comunistas chinos. La organización creada por él se conservó por los nacionalistas chinos, a causa de su carácter ambiguo nacionalista y comunista. La evolución del Viet-Minh, nombre adoptado por esta organización, tiene un paralelo asombroso con la del comunismo chino: luchó contra los japoneses, preconiza en la actualidad la colaboración con los elementos nacionalistas de tendencia democrática, y sus reformas sociales se han limitado a la expropiación de las tierras pertenecientes a los que colaboraron con los japoneses o con el poder colonial.

Ho ha proclamado en repetidas ocasiones que su ideario no es comunista (Ho es comunista desde la fundación del partido comunista francés), sino que defiende los principios de Sun-Yat-Sen.

Incluso su gobierno, al igual que el de los comunistas en la época de la guerra contra el Japón, está formado de una coalición de partidos en la que el Viet-Minh no es mayoría, y una Asamblea Nacional de la que forman parte comunistas, socialistas, demócratas y nacionalistas. Ni que decir tiene que en ambos organismos el Viet-Minh constituye la minoría más numerosa y mejor organizada (4).

El ministro de Asuntos Exteriores es un comunista, Vo Nguyen Giap, que ha favorecido la alianza con la China comunista, habiendo residido en Yenan en los años de la guerra mundial.

La colaboración entre los chinos comunistas y el Viet-Minh no es reciente, aunque se ha estrechado desde el triunfo de aquéllos. Los portavoces franceses han denunciado en repetidas ocasiones la existencia de un Tratado de alianza entre Ho y el gobierno de Pekín; su existencia

(4) En 1949, el Viet-Minh poseía 80 escaños en la Asamblea Nacional, frente a 84 que poseían los demás partidos.

no está probada, pero desde luego el movimiento del Viet-Minh se ha dirigido desde China.

En octubre de 1949, al producirse el comunismo en China, las fuerzas vietnamitas atacaron por la espalda a los nacionalistas chinos, penetrando 90 kilómetros en su territorio y cooperando a su destrucción.

Triunfante el gobierno de Pekín, fueron instruidos en el sur de China importantes contingentes vietnamitas, y el 16 de agosto de 1950 el mariscal ruso Cirilo Meretskoff los inspeccionó antes de que partiesen para su patria, manifestándose satisfecho de su preparación; dos meses después se produjo en el Tonkín la *débâcle* de las fuerzas al servicio de Francia.

Las acusaciones que recíprocamente se han dirigido en repetidas ocasiones chinos y franceses de violar la frontera nos demuestran la tirantez de relaciones, lo que hacía prever a todos, antes de la guerra de Corea, que, caso de que China emprendiese una agresión, el lugar lógicamente escogido era el Viet-Nam, aunque es probable que, lo mismo que en Corea, esperasen el momento de la derrota de las fuerzas comunistas nacionales para verificar la intervención, que hoy produciría la reacción norteamericana, según fué prometido por Truman a Plevén en el curso de las conversaciones de Washington en enero de 1951.

En Malaya, la influencia china en el movimiento comunista local es igualmente fundamental. El partido comunista malayo fué organizado y dirigido desde Shanghai, nutriéndose con chinos en su totalidad. Por ello, a diferencia de lo ocurrido en el Viet Nam, el movimiento comunista se ha desarrollado con independencia del nacionalismo. Los chinos constituyen el 45 por 100 de la población, y los malayos el 43 por 100; estos últimos han sido favorecidos por los ingleses, y en ellos se verifica la paulatina cesión del poder político que desde 1946 han comenzado los ingleses. La tirantez entre chinos y malayos es intensa, siendo la situación muy similar a la que se produjo en Palestina hace algunos años, agravada todavía más por la presencia de una importante minoría hindú.

Los chinos se hallan mejor organizados y controlan casi totalmente la vida económica del país, de modo que, caso de retirarse los ingleses, en un plazo de semanas se formaría probablemente en Malaya un gobierno de «Unión democrática» controlado por los comunistas chinos.

Desde marzo de 1948 existe una sublevación armada realizada exclusivamente por los chinos comunistas (5) y que significa una continuación de la guerra civil de su país de origen, puesto que dirigen sus ataques tanto contra los chinos partidarios del Kuomintang como contra las autoridades coloniales. Los malayos apoyan en general a los ingleses en

(5) De los 280 terroristas a quienes dieron muerte las autoridades británicas entre marzo y octubre de 1948, 273 eran chinos.

su campaña contra los terroristas, mientras que los indios han proclamado también aquí su neutralidad.

En Tailandia el comunismo está limitado también a la importante minoría china, y aunque no ha acudido todavía a la rebelión armada, constituye una quinta columna de gran importancia en caso de invasión china, a la que este país, al igual que Indochina y Malaya, no podría ofrecer por sí solo más que una resistencia simbólica.

En los otros países del sudeste asiático existen fuertes movimientos comunistas; pero a pesar de que sus dirigentes conferencian ocasionalmente con las altas autoridades de la China roja, están aislados de ayuda exterior, la dirección de Pekín es remota y en estos momentos atraviesan una fuerte crisis.



Cinco años de *guerra fría* crearon en Occidente una extraña mentalidad que veía con temor, pero con escepticismo, el estallido de una guerra general (6).

Incidentes que pocos años antes hubieran constituido *casus belli* no producen ahora más que «notas de protesta».

La pasividad de Occidente en las guerras civiles que entre comunistas y no comunistas habían estallado en distintos países de Asia constituía una garantía inicial para cualquier agresión que se presentara bajo capa de guerra civil.

Era opinión general entre los occidentales que la China comunista no emprendería aventuras en el exterior, mientras que en los primeros días de junio de 1950 Walter Lippman escribe en el *New York Times Herald* que tan sólo Filipinas es necesaria para la seguridad de los Estados Unidos en Extremo Oriente.

Estas circunstancias eran favorables para que la China comunista pudiera intervenir en cualquiera de los países que la rodeaban, y entre éstos el más olvidado por Occidente parecía ser la República de Corea.

En este país las condiciones para la agresión eran óptimas. En tres ocasiones diferentes, en el curso del año 1949, los comunistas norcoreanos invadieron con alcance limitado el territorio de la República de Corea, y el 31 de mayo de 1950, en las elecciones generales, el partido nacionalista, dirigido por el Presidente Syngman Rhee, había sufrido una aplastante derrota, el descontento era general y la quinta columna comunista, potente y bien organizada; su ejército era de creación reciente y carecía de instrucción; el ejército de Corea del Norte era disciplinado, potente, bien armado y compuesto en gran parte por veteranos de la guerra civil china.

(6) Existe un curioso paralelismo con la mentalidad europea del siglo XVIII, que trata de evitar la guerra general como reacción contra las cinco europeas sufridas por nuestro Continente en el espacio de un siglo.

Pero la agresión a la República de Corea, tras la que los occidentales no dudaron en ver la mano de China, va a producir una inesperada reacción en los países no comunistas, una revisión total en la política exterior de Occidente e incluso una transformación de la organización internacional. Por ello, en la declaración de Truman de 27 de junio de 1950, no solamente se proclama el apoyo americano a Corea, sino que se procede a neutralizar Formosa, «en espera del restablecimiento de la paz en el Pacífico, de la firma del Tratado de paz con el Japón o de decisión de las Naciones Unidas» (7). La agresión norcoreana también alejó por el momento la posibilidad de admitir a la China comunista en la O. N. U. y contribuyó a modificar el papel de esta Organización, considerada hasta entonces como un instrumento más de política internacional y al que los Estados Unidos aspiran a convertir en auténtico tribunal. La O. N. U. creó un ejército el 7 de julio de 1950, en cuya formación han colaborado 14 naciones, y por un acuerdo de la Asamblea General, el 3 de noviembre de 1950, se introdujeron cambios fundamentales en la misma organización, al decidirse que «si el Consejo de Seguridad, por falta de unanimidad entre sus miembros permanentes, no ejerce su responsabilidad primaria, la Asamblea General puede, en caso de amenaza o ruptura de la paz, hacer recomendaciones a sus miembros, que lleguen incluso al empleo de fuerzas armadas».

También produjo la agresión una mayor cohesión de las fuerzas antimoscovitas; Francia e Inglaterra apoyaron sin restricciones, desde el principio, la actitud norteamericana en Corea, aunque disintiendo de la postura adoptada en Formosa (8). La India y otros pueblos asiáticos, aunque condenando moralmente la agresión norcoreana, no deseaban ir más allá; por ello, bajo la égida de la India, un grupo de países orientales formó en diciembre de 1950 un Comité mediador, cuya actuación no tuvo éxito. Al votarse las sanciones contra la China comunista, estos países se abstuvieron. Caso curiosísimo de evolución es el de Yugoslavia, que desde sus comienzos, y por temor a sufrir una agresión similar, condenó la intervención china en Corea, para acabar votando en favor de las sanciones contra China comunista en mayo de 1951.

El fracaso de la primera invasión coreana produce malestar en Pekín, no obstante la inequívoca actitud de los Estados Unidos en contra de la extensión de la guerra, como se mostró al rechazar el apoyo militar ofrecido por Chiang Kai Shek.

La declaración de Truman produce casi inmediatamente la protesta china, el 29 de junio de 1950; después estas protestas se multiplican, y

(7) Algunos países no comunistas discutieron la conveniencia de tal declaración. Esta opinión se sintetiza por ANDRÉ FONTAINE en *Le Monde* (30 enero 1951): «Fue una declaración jurídicamente indefendible y políticamente desdichada.»

(8) Inglaterra quedó en una posición anómala por haber reconocido a la China comunista y sus tribunales acudieron, hasta el Tratado de paz con el Japón, al subterfugio legal de considerar a los habitantes de Formosa como ciudadanos japoneses.

el 5 de noviembre se llega por China a la intervención militar declarada.

La delegación china invitada a la discusión del problema de Formosa por las Naciones Unidas llega en el momento de producirse el hundimiento del frente de las Naciones Unidas en Corea, y su presidente, el general Wu, adopta una actitud intransigente, exigiendo la retirada de las fuerzas extranjeras de Corea, la entrada de China comunista en la O. N. U. y el abandono de la política norteamericana.

El desastre militar aliado produjo la fisura en las Naciones Unidas, muchos de cuyos miembros se inclinaron al compromiso.

Fué necesaria toda la actividad de los delegados americanos Warren Austin y Ernest Gross para que, una vez rechazados por Pekín los proyectos de tregua propuestos, fuese aprobada por la Comisión política de la O. N. U. la condena de la China comunista.

Se crearon dos Comisiones para aplicar esta decisión: una, la de medidas colectivas, para que estudiase las disposiciones a adoptar contra China, y otra, la de buenos oficios, que tratase de llegar a un acuerdo con Pekín, para no cerrar definitivamente las posibilidades de arreglo.

La Comisión de medidas colectivas acordó que se aplicase el embargo a los materiales estratégicos destinados a la China comunista, y en el mes de mayo la Asamblea General aprobó esta medida. Es la primera vez que se aplican por las Naciones Unidas. Su valor, aunque mayor que el de las adoptadas por la Sociedad de Naciones contra Italia, no es demasiado grande. China puede obtener fácilmente materiales de interés militar en los otros países comunistas, no se establece un bloqueo marítimo que impida el contrabando (9) y no hace más que consagrar un estado de hecho, puesto que desde febrero se han impuesto por diversos países restricciones al comercio con China, que, desde dicha fecha, se realiza por el más riguroso sistema de trueque.

La política de los diversos países comunistas en el problema de Corea ha sido absolutamente uniforme.

Al adoptarse las sanciones contra China, este país, por conservar su propio prestigio, se abstiene de hacer gestiones en favor de la paz, y esta vez corren a cargo de los norcoreanos, único país comunista técnicamente en guerra, las proposiciones de paz.

El 15 de abril, el ministro de Asuntos Exteriores de Corea del Norte, Pak Hong Yong, propone por radio Pyong Yang un Tratado de paz basado en las decisiones de las conferencias de partidarios de la paz de Praga y Varsovia. Tales condiciones eran inaceptables, ya que lo decidido en ambas conferencias fué la admisión de China comunista en la O. N. U., la no intervención americana en Formosa y el cese de la guerra del Viet-Nam.

(9) Hoy día existe un bloqueo nominal de la costa china por la flota nacionalista, pero dista mucho de ser eficaz.

Esta declaración no fué estimada como proposición de paz, y no pasó siquiera a estudio de las Naciones Unidas.

Pero al final de mayo se produce el gran fracaso de la ofensiva china de primavera y el nuevo cruce del paralelo 38° por las fuerzas de las Naciones Unidas. La guerra, nunca popular entre los occidentales, ha llegado a un punto muerto; el prestigio de las Naciones Unidas ha sido restaurado, al menos parcialmente, al cruzar el paralelo 38°; el general Van Fleet comunica que «la fase de persecución ha terminado», y las 14 naciones combatientes en Corea se preparan para presentar unas nuevas proposiciones de paz muy conciliadoras.

Fracasados los intentos de Pekín y Pyong Yang de llegar a un acuerdo mediante la claudicación de los aliados, corresponde a Rusia, país técnicamente neutral, el presentar un nuevo proyecto de paz.

Lo anuncia Malik el 23 de junio de 1951 por radio, con motivo de una conferencia sobre «el precio de la paz», y en él, por primera vez, no ligan los comunistas la solución del problema coreano a los de Formosa y admisión de China comunista en las Naciones Unidas.

Radio Pekín acepta estas proposiciones, posiblemente conocidas con anterioridad por el gobierno comunista chino, y los aliados obran de igual forma, comenzando pocos días después las conversaciones de armisticio que hoy no han terminado.

LUIS MARIÑAS OTERO.

Secretario de Embajada.

B I B L I O G R A F I A

- B. ALEXANDROV: *Modern Thibet*. «Soviet Press Translations». Washington, 1 noviembre 1950.
- ALBERT Z. CARR: *Truman, Stalin and Peace*. Nueva York, 1950.
- JOHN K. FAIRBANK: *The problem of Revolutionary Asia*. «Foreign Affairs». Nueva York, octubre 1950.
- FRANÇOIS HERBETTE: *Que fait la France en Indochine?* «Nouvelle Revue de l'Economie Contemporaine». París, diciembre 1950.
- G. W. KEETON: *The problem of Formosa*. «World Affairs». Londres, enero 1951.
- Major problems of U. S. Foreign Policy 1950-1951*. Washington, 1950.
- LENNOX A. MILLS y asociados: *The New World of Southeast Asia*. Universidad de Minnesota, 1949.
- NORMAN D. PALMER: *Recognizing China*. «Current History». Nueva York, febrero 1950.
- JOHN RAMNEY y GWENDOLEN M. CARTER: *The Major Foreign Powers*. Nueva York, 1949.
- VIRGINIA THOMPSON y RICHARD ADLOFF: *The left wing in southeast Asia*. Nueva York, 1950.
- Y numerosas crónicas y comentarios en diversos diarios, principalmente en *Le Monde* y *New York Times*.

III-CRONOLOGIA INTERNACIONAL

